



*Fuente del Moro en la plaza Navona, en la que un dios marino manda en chorros el agua por su doble cuerno*

No es Roma una ciudad, sino un compendio de vías de aspecto rural, bajadas de techo, que acaban en un trozo de sensual vegetación. Las calles fueron veredas que unían colinas y templos, y el transcurso de los siglos acumuló las construcciones sobre los desniveles del paisaje fundacional, respetando altibajos, cuestas y quebraduras. La piedra se adaptó a la tierra, y éste es el triunfo que hoy nos conmueve. Por eso es Roma grande y pequeña a la vez—esto es, incommensurable o imposible de ser medida—, porque su plano grandioso se compone de ámbitos aislados, sin otro hilván que los apriete a la cintura eterna que el suelo multiforme, pedestal de la sublime ciudad. Aquí salta el agua entre mármoles, allí brota un bosque de pinos donde la sombra y la luna se esfuman, donde bajan un minuto las nubes para crepitar en el ramaje.

La plaza de Venecia tiene dos límites claros y rotundos. En el tiempo, Mussolini; en el espacio, el Vittoriano, que tampoco está libre de discusión. El Duce ha levantado a Italia redimiéndola de una política chabacana que la envilecía en un desprecio beneficioso para el cambio de moneda de los turistas británicos. Mussolini ha inaugurado la jovialidad y el orden, el modo ágil de un Estado apto y dinámico y la moda sucinta de un pueblo que abdica la capa y el sombrero hongo en favor de la dulce Francia. La revolución ha sido plenamente realizada. ¿Por qué subsiste el monumento inopor-

*Fontana Rionali, el agua sale de las llaves de San Pedro en simbólicos chorros. Ruinas de un teatro y estatua de la época romana de Augusto*



tuno que cierra la plaza de Venecia con una mole que todos los viajeros quisieran hundir? Es por causa del respeto a la tradición que debe tolerar también los más recientes y nobles motivos de una época, pues sólo salvando lo bueno del ayer podremos aceptar los errores y la fortuna de un pasado remoto. Pero, además, porque la plaza de Venecia no nos parecería majestuosa si estuviera abierta, exenta de unas fronteras concretas y visibles, desprovista de los bastidores escenográficos que nos permiten apreciar su dimensión.

Al asomarme al Corso descubrí uno de los finales de la calle, el que forma la plaza mencionada. Aquella blancura del Vittoriano era una pantalla reverberante para proyectar la calle entera, para terminar con un pincel de nieve la penumbra cobriza del Corso.

El caudor de un arquitecto frustrado sirve como paramento y tópico fácil a los secretos que nos desvían de la contemplación. Por ejemplo, el Papa que pintó Velázquez, encerrado tras las curvas del palacio Doria-Pamphili.

Los que habitan en el barrio burgués de Parioli cruzan diariamente la vaguada de Vía Veneto, que es el eje de transición, la media ladera que separa lo primitivo de lo actual. Acaso fatiguen para morar en ellas las calles rumorosas del centro, en las que hay infinitos comercios y tiendecitas de anticuario y cafés dormidos al borde de la prisa moderna.

En vía del Babuino y en vía Condotti son frecuentes esas pensiones de extranjeros en las que tropezaréis con los tristes escandinavos que huyeron de las páginas de *Niels Lyhne* y esperan turno para rendir sus huesos sin ilusiones en el cementerio de los ingleses.

Este grabado del Piranesi que me ofrece un librero ambulante es copia fiel de la iglesia de Santa Agnese in Circo Agonale, maravilla de elipses portentosas, y acabará colgado en la pared de escasos aditamentos de cualquier piso elegante de la Roma alta.

Los romanos de la clase media viven un tanto al margen del clima antiguo de la ciudad, en cuyos pliegues de travertino, que el florido bancal aligera, yace la población de los artistas que fueron a Roma para crear un prodigio que la musa les niega sin piedad.

He conocido en una vivienda muy sencilla de Piazza di Spagna a un matrimonio polaco. El es un pintor a la manera de Prampolini, y sonríe como un niño a su desventura. Ella insiste en que el hombre complica su vida con la maldad y supone que en el Paraíso resuenan las carcajadas ante la envidia estéril de este mundo.

Les he dado parte de mi ración de azúcar; pero no me resigno a que la formidable amenaza del eslavismo contra Europa pase de contrabando entre estos gestos y voces familiares.